

—¿Cuánto viviré?
—Hasta el amanecer.

El gabinete del Doctor Caligari
(1920)

3

Ziggy

No. No es posible. No puede estar pasando.
No.

¡No!

¡¡¡NO!!!

Se levanta de un salto y camina de un lado al otro, rápido, como si quisiera ir a algún sitio pero no se decidiera. Las paredes de la habitación le impiden dar más de tres pasos y, al rato, se harta de caminar en círculos y vuelve a sentarse.

Mira la pantalla. No, no se ha equivocado. Los datos que sigue escupiendo esa máquina endiablada solo quieren decir una cosa.

Teclea varias instrucciones y, animada por una brizna de esperanza, espera respuesta. Cuando finalmente la recibe, siente que una ola de rabia crece en su interior, mayor que la primera. Parece que vaya a reventarla, a partirla por la mitad.

Había estado ignorando las señales. Pensaba que eran solo coincidencias, nada importante. Pero ahora tiene claro que todo puede cambiar, mutar sin control.

Es grave, sí.

Ha empezado. Y una vez iniciado el proceso, tal vez no haya manera de detenerlo. Ahora mismo, al menos, no se le ocurre nada.

Las pistas eran claras, debería haber entendido que siempre existe el riesgo de un ataque. Siempre.

Vuelve a levantarse y se precipita hacia una de las esquinas. Coge un cojín, lo lanza al suelo y empieza a golpearlo una vez, y otra, y otra, y otra, hasta que, extenuada, se deja caer boca arriba.

Mira al techo e inspira profundamente. ¿Cómo saldrá de esta?

Pues saliendo, ¿de qué otra manera? Ha de haber una solución. Una puerta, en algún lugar, una salida escondida, recóndita, camuflada. Y la encontrará. No se ha rendido nunca, así ha llegado hasta aquí. ¿Por qué tendría que frenar ahora?

Se incorpora poco a poco. Los engranajes vuelven a girar, la maquinaria se pone en marcha en su cabeza. Miles de pensamientos se pisan unos a otros, opciones que empieza a descartar, a priorizar, a modificar. Una de ellas será la que encaje en la cerradura, solamente hay que trabajar, dedicarle el tiempo necesario. Lograr, una vez más, la cuadratura del círculo.

Vuelve a sentarse ante la mesa y teclea frenéticamente nuevas instrucciones. Los números se suceden en la pantalla como estrellas fugaces.

Hay otras haciendo lo mismo, lo sabe; otras como ella, encerradas desde hace días, aisladas de todo. Enfrentándose quizá al mismo problema, igual de desesperadas. A estas alturas, seguro que más de una se ha rendido. Cobardes...

Ella no piensa dejarlo. Se juega mucho más que unos meses de trabajo.

Se lo juega todo, ahora sí.

La tarde

1

Wade

— ¡Buenas tardes! Son las diecisiete-cero-cero de este sexto día de anomalías en Janowitz, y como cada hora, desde el videocast de Wade transmitimos en vivo y en directo las noticias más impactantes de nuestro entorno. Ahora mismo me encuentro, podéis verlo, en el Puente Central del Río, nuestro Río de siempre. Solo que el Río no es el de siempre. No corre. No baja. O sí lo hace, pero tan despacio que ni se nota. Y una vez más, como en toda esta fatídica semana, ignoramos por qué.

Wade sale de cuadro y enfoca el aparato hacia un río que parece un estanque. El agua no se oye, no se mueve ni circula. Más que un vídeo en directo, la imagen transmitida parece una foto. Por suerte, la gente no deja de amontonarse en la orilla, y eso es más fácil de vender.

El periodista deja la tableta en el trípode y vuelve a hablar, peinándose un mechón del flequillo azul y señalando a su espalda con cara de circunstancias:

—Si os fijáis bien, al fondo podéis observar cómo crecen los curiosos, que se miran el Río con una mezcla de sorpresa y cansancio. Al fin y al cabo, en pocos días hemos visto una epidemia de invidencia, recién nacidos con los pies del revés, relojes marcando horas absurdas, estatuas cubiertas de hierba negra, lluvias sin nubes, vientos huracanados y cambios de color repentinos en el cielo de otoño. Son demasiadas irregularidades para creer que se deben al azar... ¿Qué está pasando en Janowitz? ¿Sufrimos un delirio colectivo? ¿O quizá hemos acabado por destruir el entorno, como anunciaban los ecologistas? ¿Cómo es posible informar seriamente

de fenómenos para los que nadie tiene una explicación? ¿Por qué los científicos no descubren sus causas? ¿Quizá, como dicen algunos, lo que ocurre es que Janowitz ha irritado a los dioses y nos envían las mil plagas? ¿Dónde terminan las conspiranoias, dónde empieza la verdad? ¿Alguien tiene interés en ocultar algo? ¿No tienen nuestras autoridades nada que decir sobre todo esto? ¿Hasta cuándo el Hegemón y el Consejo seguirán escurriendo el bulto?

Wade se muerde el labio y mueve la cabeza. Cuando está a punto de añadir su comentario de cierre, un espontáneo se le acerca, cruza las manos a la altura del corazón y grita, golpeándose:

—¡Las Ratas a la jaula! ¡Encerrad al terrorismo!

Silencio. Inspiración profunda, algo afectada. A Wade le acaban de regalar el broche final para su crónica de urgencia.

—Ya lo han oído —añade, inclinando la cabeza—. Una parte cada vez mayor de la población acusa a los Argivos del desastre. ¿Podría ser culpa suya? ¿Tienen tantos recursos, esos a quienes llaman las Ratas? También hay, es cierto, quien desconfía del gobierno y señala a Hegemón. De teorías no andamos cortos, cada día aparecen varias. Pero en el videocast de Wade no tomamos partido, eso es cosa de los medios oficiales. Aquí analizamos hechos. Y si queréis más, os emplazamos a la conexión de las seis, donde hablaremos con un experto para responder a la pregunta más importante, la más incómoda.

Wade se acerca a cámara y mira a los espectadores con sus ojos color del río. Es, junto con el pelo, el gesto marca de la casa, el rasgo distintivo del periodista independiente más seguido y reconocido de Janowitz. Con voz cavernosa, dice, antes del fundido a negro:

—Y la pregunta es... sea quien sea el responsable, ¿de dónde saca el poder para alterar las leyes de la realidad?

Ha salido redondo. El pico de audiencia, indica la tableta. La conexión del día.

Pero el éxito es efímero, y Wade lo sabe. Tiene que ir un par de movimientos por delante. Pasa unas cuantas pantallas hasta llegar

JANOWITZ

a la agenda. Una vez allí, busca la letra K y se detiene en un nombre subrayado: Katniss. Debajo, en el espacio para la identificación, se pueden leer las notas que él mismo ha entrado: «Científica. Glaciación. ¿Vieja chiflada?».

Durante diez segundos, el dedo de Wade permanece inmóvil sobre la tecla de llamada.

4

Alice

El cielo está precioso, con esos tonos burdeos que lo van tiñendo... Hace que la porción de Janowitz que ve desde la ventana parezca otra cosa, otro lugar, mucho más apacible, limpio, amable, un reino de ensueño, un espacio único. Otro mundo, en definitiva. Sería fantástico si no fuera tan inquietante. Porque solo así, de inquietante, puede tildarse el hecho de que, con el sol todavía alto, hayan empezado a aparecer indicios del atardecer.

Esto no va bien, se dice Alice, tomando un último sorbo de la taza de té que se le enfría en las manos. Hace días, de hecho, que nada va bien. No son solo los cambios meteorológicos inesperados, los cielos rojizos que deberían ser azules, los vientos helados en pleno verano. Se trata de alteraciones que los expertos podrán explicar antes o después, como hicieron cuando, de repente, Alice perdió todo su pelo, de pequeña.

No. El asunto es más grave. Todo ha entrado en crisis. Es como si Janowitz hubiera enfermado, como si el entorno, las personas, las cosas, se hubieran puesto de acuerdo y decidido no comportarse de manera habitual. Saltarse las normas, las de la lógica, las de la física, las de la vida y la naturaleza, incluso.

—Doctora, la esperan.

Alice asiente. Deja la taza vacía sin mirar dónde y sigue al enfermero hacia la sala principal. Ha retrasado el momento cuanto ha podido, ha alargado al máximo los minutos de reposo que se ha obligado a coger, pero no puede eludir la realidad.

Al cruzar la puerta, la recibe un concierto de gritos agudos.

—¿Cuántos? —pregunta al enfermero.

—Cinco más —responde el hombre, dándole las carpetas.

—Lo que nos da un total de...

—Trece.

—Trece nuevos casos de invidencia en un día. —Se pasa la mano por la cabeza y nota la piel sudorosa—. Madre mía, ¿es que no hay límite?

Alice se dirige a la primera cama. Como en todas las de la sala de triaje del hospital, un enfermo atado con correas se mueve, agitado, de un lado a otro. No con intención de desatarse, sino para tratar de esquivar lo que parece ser algún tipo de ataque invisible. Dice cosas inconexas, fruto del pánico y el estado general de confusión. Lo más sorprendente para alguien que no hubiera visto nunca un caso de la nueva epidemia sería descubrir que todo esto el enfermo lo hace con los ojos cerrados.

—Buenas tardes, señor... Mayer —saluda Alice poniéndole la mano en el hombro tras echar un vistazo a su ficha—. ¿Me puede explicar cómo se encuentra?

Sabe que es inútil, el hombre ni la oye. El patrón siempre es el mismo: personas aparentemente sanas que, de repente, dicen que no pueden abrir los ojos. Una vez examinadas, queda claro que no tienen ningún problema físico que se lo impida, pero, aun así, insisten en que es como si les hubieran cosido los párpados. Lo peor es que, incluso con los ojos cerrados, pronto empiezan a sufrir unas alucinaciones horribles. Ven imágenes extrañas, irreales, algunas estrambóticas, otras agresivas. Varía mucho de un caso a otro, pero el resultado final es que no pueden continuar con su vida. De ahí que las envíen al hospital: se las sacan de encima.

Por ahora, los afectados de invidencia terminan en psiquiatría. Alice, jefa del departamento en el Hospital del Este y especialista en trastornos alucinatorios, se está hartando de amontonar los casos donde puede. Ya no le quedan camas libres, y si la epidemia continúa a este ritmo se convertirá en una crisis sin precedentes. Sobre todo, porque ni ella ni ningún otro experto saben cómo prevenirla, detenerla o curarla. No pueden decir si es contagiosa,

hereditaria o fruto de algún tóxico que haya aparecido recientemente en la atmósfera. Nada. Están fuera de juego.

Algunos creen que hay algo esotérico detrás, y tratan a los que sufren invidencia como si fueran una especie de profetas con acceso a una realidad superior. Es sobre todo culpa de Joshua y sus acólitos, que no dejan de alimentar el posible origen místico del trastorno. Alice está convencida de que lo hacen para sacar algún provecho, y que, al final, la explicación será más mundana. Lo más fácil es que se trate de un virus desconocido que tiene preferencia por invadir el cerebro, una mutación inédita. Esta es la teoría que le parece más plausible. O quizá es un caso de intoxicación masiva, aunque sería algo más difícil de justificar.

Alice, en cualquier caso, no dispone ni de las herramientas ni del tiempo para llegar al fondo de la cuestión. De momento, sin saber lo que pasa, tiene las manos atadas. Lo único que puede hacer es bombear sedantes a mansalva a los desgraciados que le llegan y confiar en que al final se recuperarán por sí mismos.

—El tratamiento habitual —le dice al enfermero tras confirmar que el paciente no responde a los estímulos.

El enfermero asiente y escribe en la libreta.

Al llegar a la siguiente cama, Alice se detiene, sorprendida. A pesar de que la mujer que hay allí atada presenta los mismos síntomas que los demás, tiene los ojos abiertos. Esto es nuevo.

Sin decir nada, empieza a examinarla. La mujer no parece darse cuenta de lo que ocurre a su alrededor. Solo grita con voz llorosa:

—No... ¡No los puedo cerrar! ¡No!

Alice mira al enfermero.

—Es justo al revés que con los otros. Es el primer caso que vemos así, ¿no?

—Sí —confirma el hombre—. Quizá tenga algo que ver que la paciente sea ciega de nacimiento.

Alice sacude la cabeza. Todo es cada vez más complicado. El instinto le dice que la invidencia ha de tener algo que ver con los fenómenos que últimamente asolan Janowitz. No puede explicarlo

JANOWITZ

y, cierto es, su teoría no tiene nada de científica, pero está segura de que ha de haber algún vínculo. Sabe que no es la única que lo piensa. Cuando entiendan por qué la realidad en Janowitz se tambalea estarán más cerca de descubrir el origen de la epidemia.

Espera que Wade la pueda ayudar. Está más al corriente de lo que ocurre, porque se pasa el día en primera línea, al pie del cañón. Seguro que tiene alguna idea que pueda orientarla. Dispone de muchos más datos que ella. Encerrada quince horas al día en el hospital solo ve lo mismo, una y otra vez. Wade es bueno en lo suyo, un periodista fuera de serie. Y los une un tipo de vínculo muy especial: se ve compartiendo el resto de su vida con él y la idea no le asusta. Eso quiere decir algo.

El problema, ahora mismo, es que lleva todo el día intentando contactar sin éxito con él. No responde a sus llamadas, maldita sea.

Saca el móvil del bolsillo y prueba una vez más.